

EL RETO DE LA ESFERA PÚBLICA EUROPEA

Víctor Pérez-Díaz

ASP Research Paper 4(a)/1994

Sumario:

- 1. Unidad y fragmentación; la sociedad civil europea.**
- 2. Algunas dificultades actuales para el desarrollo de la esfera pública.**
- 3. Los temas comunes: una contradicción performativa.**
- 4. Problemas de retórica, lenguaje y narrativa.**
- 5. Conclusiones**

Víctor Pérez-Díaz

Catedrático de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid; y ASP, Gabinete de Estudios, Madrid.

ASP Research Papers

Comité de Redacción /Editorial Board

Víctor Pérez-Díaz (director)
Elisa Chuliá Rodrigo
Josu Mezo Aranzibia
Juan Carlos Rodríguez Pérez
Fernando González Olivares (redactor jefe)

Comité Científico Internacional /International Scientific Committee

Daniel Bell (American Academy of Arts and Sciences)
Suzanne Berger (Massachusetts Institute of Technology)
Peter Gourevitch (University of California, San Diego)
Peter Hall (Harvard University)
Pierre Hassner (Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris)
Kenneth Keniston (Massachusetts Institute of Technology)
Vincent Wright (Oxford University)

© Víctor Pérez-Díaz

Este trabajo no podrá ser reproducido en todo
o en parte sin permiso previo del autor.

Depósito legal: M-6126-1994
ISSN: En trámite.

1. Unidad y fragmentación; la sociedad civil europea.*

La construcción de la unidad (política) europea parece una tarea obligada de los europeos actuales, a juzgar por la vehemencia y la reiteración con la que se nos propone. Periodistas, políticos, intelectuales, clérigos o funcionarios: la inmensa mayoría de ellos (pertenezcan a las "derechas" o a las "izquierdas") consideran su deber recordarnos que esa unidad es deseable, incluso inevitable. Pero, por algún motivo, su exhortación parece tener sólo un éxito limitado. Se les escucha, se asiente a sus prédicas (con alguna desgana), y se pasa a atender otra cosa que apremia o importa más, y que, por ello, se convierte rápidamente en el centro de nuestra atención y nuestra conversación.

Lo cierto es que el tema de la unidad europea está relativamente ausente de la conversación cotidiana de la mayor parte de los europeos. Este dato es de importancia cardinal, porque indica lo lejos que estamos de haber puesto los cimientos de nuestra construcción. Tenemos fragmentos importantes, algunos arcos, parte del techo, unas tejas romanas, un nido de cigüeña, una fachada principal barroca; y hemos dispuesto los carteles anunciadores, un cuerpo de guías turísticos (con sus uniformes y sus reglamentos), las carreteras y los servicios de autocares. Tenemos, incluso, una multitud abigarrada dando vueltas en torno al lugar. Pero esa multitud abigarrada habla a trompicones y a destiempo; falta que se escuche y que converse. Sin esa conversación, nunca tendremos el verdadero arranque de una Europa unida, y de una sociedad civil europea.

Europa ha solido vivir durante siglos oscilando entre la unidad y la fragmentación, reinventando continuamente su unidad bajo formas plurales. Esta pluralidad interna ha sido su seña de identidad desde que el mundo romano y el mundo de las tribus germánicas se entrelazaran en el final de lo que luego hemos llamado la edad antigua. La homogeneidad relativa de las formas culturales y socioeconómicas europeas ha existido siempre entre tensiones terribles; y nunca ha abocado a una unidad política estable. La tensión entre el

*Publicado con el título "Le défi de l'espace publique européen", en *Transeuropéennes*, 3 (printemps), 1994.

papado y el imperio convirtió pronto esa unidad en una aspiración ansiada e imposible; y esta imposibilidad fue acentuada por la emergencia de poderosos estados nacionales, todo ello contra el telón de fondo de una gran dispersión de poderes territoriales y jurisdicciones personales.

En su época moderna, Europa ha sido escenario de intentos hegemónicos recurrentes que, en su fase aguda, no han sobrevivido el paso de dos, tres o, a lo más, cuatro generaciones. Lo que desde el punto de vista de las naciones protagonistas eran hegemonías de "siglos de oro", "*rayonnment*" o "*pax britannica*", se convertía, desde el punto de vista de sus antagonistas, en historias limitadas y precarias, llenas de pretenciosidad y alimentadas por sueños de "grandeur" un poco ilusos, y peligrosísimos para la libertad de los demás. De aquí que esos intentos hegemónicos hayan suscitado, a cada momento, alianzas defensivas en su contra, ante la cual han solido sucumbir. Cada país ha podido tener su "momento de gloria", que ha sido, para los demás, un momento (en buena parte) de amenaza. Sólo con el transcurso del tiempo, pasado el peligro, se ha podido edulcorar el recuerdo de esas experiencias. De este modo, en el caleidoscopio de la memoria europea, lo grandioso pero terrible se ha convertido en un motivo turístico; y las grandes naciones históricas entrando en un torneo caballeresco revestidas del esplendor de sus armaduras de sus grandes momentos se han transformado en los caballitos de un ti vivo barojiano, hechos de cartón piedra y recubiertos de oropel, cuyo encanto residiría en una evocación de infancia.

La forma de unidad política a la que Europa ha vuelto una y otra vez, a lo largo de su historia, ha sido la forma "blanda" de un relativo equilibrio de poderes; el cual constituyó un marco moderadamente estable para una lucha incesante por la influencia económica y cultural entre sus muchos componentes, embarcados en un constante trasiego de imitación y desafío entre unos y otros. Pero si el experimento de construcción de unidad europea de los últimos cuarenta años va más allá de esa tradición de equilibrio de poder, resulta curioso observar, sin embargo, que (a pesar de los deseos expresados por tantos de sus líderes políticos) la creación de un estado europeo no parece ser el objetivo último de ese proceso de construcción, y que ni las instituciones, ni los sentimientos de la mayor parte de los europeos parecen responder a semejante proyecto de unidad política "fuerte". En realidad, ese proceso parece acomodarse

mejor a lo que sería la construcción de una "sociedad civil europea" que a un "estado europeo".

En su sentido más amplio, la expresión "sociedad civil" denota un tipo ideal referido a un conjunto de instituciones políticas y sociales, caracterizado por un gobierno limitado, responsable y sometido a la ley; mercados libres y abiertos; una pluralidad de asociaciones voluntarias; y una esfera de libre debate público (Pérez-Díaz 1993). La situación europea corresponde sólo en parte a semejante tipo ideal; pero sí lo suficiente como para que la aplicación de ese tipo presente alguna utilidad. La autoridad pública europea es limitada, puesto que, en lo fundamental, es un directorio de poderes públicos (formalmente) soberanos operando con arreglo a una lógica de equilibrio de poderes, por el que se limitan los unos a los otros; y al que se han añadido algunos órganos supra- o trans-nacionales de importancia desigual. Los mercados constituyen parte fundamental del sistema europeo, y son básicamente libres y abiertos (aunque los sectores intervenidos por la autoridad pública europea sean de considerable relevancia, en particular el sector agrario). El *dramatis personae* de las asociaciones voluntarias que operan supra- o trans-nacionalmente es cada vez más numeroso, influyente y variopinto (en forma de empresas, redes académicas, asociaciones religiosas, *policy-networks* o/y *lobbies*, etc). En cuanto a la esfera pública, ésta es, quizá, el componente relativamente menos desarrollado del conjunto.

La esfera pública, sin embargo, es determinante para la formación y el desarrollo de una sociedad civil, porque es en ella donde se plantea (y eventualmente se resuelve) el problema de saber si los miembros de la sociedad son simplemente individuos libres que persiguen sus intereses privados, o son, al tiempo, "ciudadanos" participantes activos en un debate y en la creación de una opinión sobre los asuntos públicos. Esto último constituiría la base de una democracia porque, entre otras razones, permite el desarrollo de los sentimientos de identidad colectiva y de pertenencia a una comunidad política que son condición previa de la democracia misma.

En efecto, los sentimientos de pertenencia a una sociedad civil se nutren de la participación en aquel debate, bien en el seno de los círculos primarios de la familia, las

amistades o los grupos de trabajo; bien en el marco de organizaciones o movimientos sociales más amplios; bien en foros de comunicación generalizada. La comunicación en torno a diversos argumentos sobre el bien público es el cimiento de la comunidad; incluso cuando esa comunicación expresa diversidad de opinión (y lo normal es que así sea), suele ratificar el interés de todos en ciertos temas comunes y reforzar los sentimientos de pertenecer a la misma entidad, al menos bajo ciertas condiciones (si los razonamientos no derivan hacia argumentos de exclusión de la comunidad de quienes adoptan una posición diferente). Quizá sea posible construir una comunidad política donde las decisiones de un líder carismático o tradicional sean refrendadas por aclamación, con un mínimo de discusión pública articulada; pero es imposible construir una sociedad civil sin dosis muy abundantes de una discusión semejante.

2. Algunas dificultades actuales para el desarrollo de la esfera pública.

Una de las dificultades para articular una conversación ciudadana, o una esfera pública europea, en los momentos actuales, estriba en la circunstancia de que la unidad europea no parece ser un tema que concite el interés, y por tanto la atención, predominantes de los europeos de hoy. Los principales centros de interés de éstos son otros: temas que les orientan más hacia sus naciones y sus estados nacionales, que hacia Europa.

Veamos, por ejemplo, el tema de la crisis en las relaciones entre los partidos políticos y la opinión pública, que muchos comentaristas creen observar en Europa desde hace algún tiempo. Recientemente, esta crisis ha adquirido, en algunos países, caracteres dramáticos. En Italia, la crisis ha abocado a la sustitución de la mayor parte de la clase política tradicional (de los últimos cincuenta años) por otra distinta. Durante décadas los italianos habían vivido en un sistema político partidista cuya corrupción conocían con alguna aproximación y cierta filosofía: sabían de la financiación irregular de sus partidos políticos, y esto no les impedía votarles con regularidad. Quizá pensaban que ello era un "mal menor", porque el sistema de partidos era compatible con grados de prosperidad y de libertad muy apreciables (que un sistema no democrático, fascista o comunista, podía poner en peligro); y que, en cierto modo, ello formaba parte de una forma de vida un tanto laxa en lo que se refería al cumplimiento de las

reglas, cualesquiera que éstas fueran. Siempre habían sido los arreglos político-económicos un poco de ese modo, al menos en amplias zonas del país. De manera que cabía considerar que "la corrupción bien entendida" formaba parte de la naturaleza de las cosas; y que era algo que los nor-europeos, aunque no pudiesen comprenderlo muy bien, podían tolerar en la práctica y aprender a convivir con ello.

Por algunos motivos (todavía misteriosos) esta ambigua autocomplacencia ha desaparecido (al parecer) bastante bruscamente. Lo que se inició como una operación limitada de denuncia de abusos en el norte de Italia, se convirtió, gracias a la Lega Lombarda, en una explosión de indignación con resultados electorales espectaculares, y gracias a una red de magistrados, en una operación (*mani puliti*) de hacer transparentes las relaciones entre el estado, los partidos y los empresarios: en particular, los mecanismos de financiamiento de los partidos políticos. Los italianos han tenido que reinventar su estado y su régimen político, y, en el proceso de hacerlo, de constituir nuevos partidos, y articular un discurso político en parte diferente, con nuevas reglas de juego.

La crisis política española de este último año (aún en curso) parece tener ciertas semejanzas con la italiana. España terminó su transición a la democracia a los dos/tres años de la muerte de Franco, y tuvo su democracia consolidada unos pocos años más tarde (cuando ésta pudo operar sin temor a que un golpe militar, una guerrilla, un movimiento anti-sistema pudiera destruirla). Pero la "institucionalización" de la democracia, esto es, la interiorización de sus reglas de juego convertidas en conducta habitual de los agentes, ha sido mucho menos fácil de conseguir. En Italia no se ha conseguido del todo, ni siquiera al cabo de cincuenta años; y los italianos han tenido que re-constituir su república, por así decirlo, de nuevo. En España, casi veinte años después de la transición, el clima de corrupción ha generado una crisis política de enorme gravedad.

Sea cual sea el desenlace de esta crisis, lo que me importa subrayar en este momento es la función de catarsis que la crisis política tiene para el cuerpo de ciudadanos de un país. Estos se encuentran con que no pueden mantener por más tiempo su descuido o desatención de los asuntos públicos. El tema de la corrupción política les sigue donde van, surgiendo

espontáneamente entre gentes que se reúnen con otros propósitos. La política en su acepción más elemental se convierte en parte de sus vidas, y suscita en ellos sentimientos relativamente intensos, y en parte desagradables. Se sienten invadidos por sentimientos de indignación o de depresión, que probablemente preferirían no tener. En definitiva, no son ellos los que eligen fríamente si interesarse o no por los asuntos públicos; simplemente se encuentran como si no pudieran desinteresarse de ellos. De alguna forma es como si, en esas discusiones, se sintieran implicados ellos mismos, y su identidad personal: por eso reaccionan tan emocionalmente.

Creen, quizá, que el tema de la corrupción les afecta porque proyecta la imagen de un país corrupto del que formarían parte, y esto les humilla. Tienen la sensación de que ya sabían que era corrupto, pero saben que tampoco han hecho gran cosa porque se alterara esa situación, y probablemente saben también que, en formas y grados menores, su propia conducta y la de quienes les rodean participan en la pauta general de trampear con las reglas. Por ello, su ira contra los corruptos cogidos *in fraganti* es parte de un fenómeno de ambivalencia y de proyección hacia fuera del desprecio que pudieran sentir hacia sí mismos (lo que convierte sus sentimientos en algo más complicado que un mero sentimiento de indignación moral o de cinismo). En definitiva, países que atraviesan esas fases de duda sobre sus instituciones públicas, emplean una gran parte de sus energías emocionales en sí mismos; y poner en orden ese desorden interior, cultural e institucional, les lleva, lógicamente, bastante tiempo.

Si esto fuera simplemente un accidente local, podríamos considerar que el asunto es excepcional. Pero no lo es. Lo sucedido en Italia y en España puede pasar probablemente en otros países de reciente incorporación a la democracia, como Grecia, o los países de la Europa central y oriental, que han vivido durante muchas de sus últimas décadas de existencia bajo regímenes totalitarios, y (antes) autoritarios y clientelistas. Convertir estos países en "sociedades civiles" con reglas universales y transparentes para la vida política y económica, requiere la puesta en funcionamiento de instituciones (sobre todo de carácter micro-social) difíciles de diseñar y de atender con atención sostenida durante todo el tiempo necesario. Si se pudiera definir el problema de estas naciones, simplemente, como el problema de hacer la transición y de consolidar la democracia, e introducir lo fundamental de una economía de

mercado (y un régimen de propiedad privada), no sería preciso entrar en estos "detalles". Pero la civilización está en los detalles. El primer paso puede ser el de escribir en "los libros" (las constituciones, las leyes) las nuevas reglas de juego, pronunciar los discursos de rigor, y empezar a funcionar, un poco a bulto. El paso siguiente es el de la calidad del funcionamiento real de la vida política, social y económica; y eso puede ser más arduo.

¿Cabe imaginar una situación siquiera parecida en el núcleo de democracias liberales de Inglaterra, la Europa del Tratado de Roma, y los países escandinavos? No con los rasgos patológicos de los países meridionales (aunque no está de más recordar la amnistía que se autoconcedieron los partidos políticos franceses en materia de corrupción en 1989); pero también en ellos se plantea un problema de relaciones de confianza entre la clase política y la sociedad, importante y pendiente desde hace casi veinte años. El mito de los "buenos viejos tiempos" de las relaciones estables y aparentemente confiadas entre los diversos grupos sociales y los partidos políticos se refiere (presumiblemente) a los años cincuenta y (casi) los sesenta. Las décadas siguientes han sido de relativa volatilidad del voto de muchos grupos, de emergencia de movimientos sociales alternativos, de sentimientos de malestar con los partidos establecidos, de redefinición de los mensajes de estos partidos, de inquietud de la opinión. Para muchos parece evidente que, en sociedades tan numerosas y complejas como las nuestras, no cabe una democracia directa (ni siquiera episódicamente, como ocurre, en cierto modo, en Suiza); y, sin embargo, no es menos evidente que la fórmula clásica de la democracia representativa, donde un país enajena su capacidad de decisión política en sus representantes, habitualmente agregados en partidos políticos, no corresponde a los sentimientos prevalentes en el público europeo en la actualidad.

Este problema empuja, en cierto modo, hacia la introversión de la opinión pública, no a su extroversión: a centrar su atención en poner orden en la casa política de cada país. Esta preferencia del público suele ser distinta a la de la clase política en varios países europeos; y ello ha sido puesto de manifiesto con ocasión de la ratificación del Tratado de Maastricht, cuando una parte de la opinión ha echado en cara a sus políticos el aparente descuido por parte de éstos de los problemas domésticos. La disparidad es comprensible, además, porque en la

actualidad estos problemas son graves y urgentes, provocando en el público una clarísima concentración de su atención (y sus emociones) en la actuación de sus gobiernos nacionales.

Es obvio que, en general, la discusión política en casi todos los países está centrada en los asuntos propios; y la lectura de cualquier periódico europeo da abundante fe de ello, no sólo por la extensión relativa de los reportajes, sino por el tono retórico de los mismos. Se da por supuesto qué es lo central, qué lo periférico: cada país es el centro de "su" mundo. El lenguaje utilizado no deja lugar a dudas acerca de qué suscita pasión, y qué, una atención cortés. Cada país parece estar en una relación amorosísima consigo mismo (y algunos, de intenso amor y odio), al tiempo que observa con distancia emocional las andanzas de los restantes, mientras mide y calcula sus acuerdos y sus desacuerdos con ellos. Trata interesadamente con los otros, pero su corazón se pertenece a sí mismo.

Y los problemas críticos del presente no hacen sino confirmar esas prioridades para la inmensa mayoría del público de cada país; sobre todo habida cuenta la definición de la situación que le proponen los diversos partidos políticos que requieren su apoyo electoral. La crisis económica es, todavía, sobre todo, materia a la que aplicar esta o aquella política económica doméstica. Parece que las políticas monetarias de los países europeos serán, dicen que pronto, materia común. Entretanto, cada país está convencido, al parecer, de que su gobierno es responsable de la marcha de su economía; y se espera del banco central, del ministerio de economía y del primer ministro, la política adecuada. Esa es la materia de los debates entre poder y oposición, y de todos los comentarios, sesudos o partidarios, que se hacen en torno a los mismos: que se hacen continuamente, y cuyo permanente ronroneo constituye la mitad de los editoriales de todos los periódicos, entre otras razones porque se supone que las elecciones se ganan o se pierden por este tema.

Todo esto parece lógico dado que Europa tiene en estos momentos, y desde hace años, en torno al diez por ciento de su población activa en situación de paro (y en países como Irlanda y España esta tasa está en torno a un veinte). Cada país europeo tiene sus propios problemas, pero, de alguna forma, en casi todos se observa una notable inquietud relativa al futuro de su aparato industrial, y a lo que, en la discusión actual, se conoce como la capacidad

de los países europeos para afrontar "los retos de la competitividad y de la productividad". La opinión más generalizada (y, a los efectos de este análisis, basta con ello, pudiendo ser o no una opinión correcta) supone que esta capacidad es defectuosa, especialmente en relación con la de otros, tales como los Estados Unidos, Japón y otros países en fase ascendente. Pero la consecuencia que se deduce de ello es la de preocuparse por encontrar la política económica adecuada, país a país, gobierno a gobierno. Entre otras cosas porque, si no fuera así, no se sabría muy bien ya, a ciencia cierta, de qué se le podría hacer responsable a ese gobierno que se elige, con tanta profusión de entusiasmo y de retórica, cada pocos años: y al que dirigen sus peticiones (y sus retos) los empresarios con tanta tenacidad, y los sindicatos con tanta vehemencia.

La vida pública compartida de todos los países europeos gira alrededor de los boletines informativos de sus televisiones respectivas, con su exposición semi-distanciada de las posiciones de los agentes políticos y sociales sobre estas materias, y con su invitación implícita a los espectadores para que adopten su propia posición. "El paro, la crisis, el paro, la crisis": ese es el mantra de la invocación ritual a los dioses patrios que convierte a los televidentes en con-ciudadanos. Si ese mantra (u otro equivalente) se interrumpiera, el vacío sería sumamente desconcertante. Nos encontraríamos como en la cosmópolis sin alma del bajo imperio romano: como si los dioses se hubieran ausentado de la tierra. (De manera que quizá ahora, anticipando ese sentimiento, algunos de nosotros estamos haciendo "como si" creyéramos todavía que estas políticas económicas son fundamentales, aunque sospechamos que no lo son, por la simple razón de que queremos retener la ilusión de unos foros públicos donde podamos reconocernos unos a otros como con-ciudadanos de la misma polis.)

En todo caso, por el momento, la inmensa mayoría de la opinión de cada país sigue (muy razonablemente) empeñada en atribuir responsabilidad a su gobierno por su política económica, y su política social. Y aquí nos encontramos, de nuevo, con un problema considerable. Porque prácticamente todos los países europeos están a vueltas con la cuestión, de difícil arreglo, de cómo contener y sanear los sistemas de bienestar, fuertemente estatizados, que hemos heredado del pasado. Este es un tema de enorme trascendencia para la vida cotidiana de las gentes; y es lógico que absorba también una gran parte de su atención.

En definitiva, en estos momentos, el tema de la construcción de la unidad europea no puede sino tener una importancia secundaria respecto a temas domésticos como la redefinición de las relaciones entre los estados y las sociedades europeas, la llamada superación de la crisis económica (o, simplemente, el ajuste a las nuevas condiciones de los mercados internacionales) y la revisión del sistema (y estado) de bienestar. Todos estos problemas van a permanecer con nosotros mucho tiempo, y es de prever que, entretanto, la atención del público siga centrada preferentemente en ellos y, por implicación, en la política de sus países respectivos.

3. Los temas comunes: una contradicción performativa.

Tenemos, pues, una curiosa divergencia en la estructura de la escala de preferencias y de centros de interés, y los supuestos de fondo (*background assumptions*) del discurso político, entre una parte de las clases políticas y los círculos económicos, burocráticos y académicos más cosmopolitas de un lado, y la mayor parte del público de otro. Los primeros dedican una buena parte de sus energías a resolver problemas en un marco trans-europeo, distinto del de sus países respectivos, y esto confiere creciente plausibilidad ante sus ojos a la hipótesis, o la sospecha, de que las políticas nacionales tienen un efecto muy limitado sobre los acontecimientos. (Aunque, por otra parte, puede alimentar en ellos la ilusión compensatoria de que una política europea supra-nacional tendría un efecto determinante sobre los mismos: una ilusión que pudiera revelarse igualmente equivocada, pero ése es otro tema.) Los segundos se atienen a una experiencia normalmente circunscrita al marco nacional de referencia, y se obstinan (por lo tanto) en hacer responsable al gobierno de turno de buena parte de lo que ocurre (para desesperación de los miembros "cosmopolitas" de sus respectivos gobiernos).

Sin embargo, hay algunos temas comunes tanto a aquellas elites como al público que tienen que ser resueltos en el marco de la política europea, pero que, paradójicamente, reafirman todavía más la prevalencia de la perspectiva del interés nacional. Y al discutirlos, me propongo mostrar con ello una nueva fuente de dificultades para la creación de la esfera pública europea: a saber, la que consiste en que la política europea real (sus *public policies* y su *politics*) puede ser contradictoria con la retórica europeísta.

Aquí podemos introducir el concepto de "contradicción performativa", que, entendido en un sentido amplio, consistiría en contradecir con la conducta las palabras (o, en rigor, que la conducta implique una afirmación existencial cuyo contenido contradice el contenido de la proposición verbal: Habermas 1991). Pensemos en la política pública europea *par excellence*. Esta no es otra que la política agraria. Durante mucho tiempo el cuidado por esta política pública comunitaria absorbió la inmensa mayoría de las energías de sus funcionarios y de sus recursos económicos: todavía en la actualidad casi dos tercios del presupuesto comunitario se gastan en subvenciones a los agricultores europeos. Pues bien, la política agraria europea es, sobre todo, una política orientada a dar satisfacción a unos grupos de presión extremadamente importantes en la política doméstica de los países firmantes del Tratado de Roma, y en especial Francia, Alemania y el Benelux, que éstos han impuesto a quienes se han ido incorporando más tarde a la comunidad; y, sobre todo, una política orientada a mantener lo que se supone ser un ingrediente simbólico fundamental de la identidad territorial de cada una de las naciones en cuestión. En lógica consecuencia con todo ello, a la hora de la verdad de la admisión de un nuevo miembro, éste ha solido ser el problema determinante de la dificultad o la facilidad de la negociación. Así, por ejemplo, la comunidad había declamado en todos los tonos posibles el poema de la incorporación a Europa de la España democrática que emergía del pasado franquista. Sin embargo, aunque Franco murió en 1975, y España pidió su ingreso en la comunidad en 1977, sólo lo consiguió en 1986; no sin que antes nuestros vecinos dejaran perfectamente claro que el precio que España tenía que pagar por ello era el de reducir sustancialmente el potencial competitivo de su agricultura respecto a la agricultura francesa. Y por si la lección pudiera alguna vez olvidarse, los agricultores franceses se encargan periódicamente de expresar, en la mejor tradición de las revueltas campesinas del antiguo régimen, su furia popular contra las importaciones agrícolas españolas; mientras los partidos políticos franceses, de derechas o de izquierdas, miran púdicamente en otra dirección y calculan los resultados electorales previsibles de su discreción.

Naturalmente que todo esto es muy comprensible. No se trata de que no lo sea. Sólo se trata de mostrar, simplemente, el tipo de sentimientos y de intereses asociados a esas prácticas, que no son otros que los del "interés nacional *über alles*", o, en otros términos, el triunfo de

los nacionalismos autointeresados. No es de extrañar, por ello, que la misma lógica (que es difícil calificar de "europeista") de Europa como un agregado de nacionalismos autointeresados se exprese cuando se trata de plantearse el problema de qué hacer ante el potencial competitivo de las agriculturas de la Europa central y oriental. Es obvio que el desarrollo de la sociedad civil de estos países, de su democracia liberal y de su economía de mercado, requiere crecimiento económico y comercio con la Europa occidental; y no menos obvio que esto implica oportunidades de exportación a Europa occidental de su producción agraria. Sin embargo, en lógica congruencia con el tenor de su política agraria, Europa occidental ha rehusado dar a esos países esa oportunidad, contradiciendo así con su conducta sus declaraciones retóricas de concernimiento con la suerte de los mismos.

No es difícil entender que exista la tendencia a que la lógica de la principal política pública de la comunidad se extienda a otros campos. El reparto de los fondos estructurales y de cohesión ha dado, y da, ocasión a negociaciones a veces ásperas, y siempre rigurosísimas, donde se enfrentan intereses nacionales distintos. La idea misma de los fondos estructurales y de cohesión responde no tanto a un sentimiento de solidaridad *per se*, cuanto a un mecanismo compensatorio (un *side payment* a cambio) de la penetración comercial arrolladora de los países del sur de Europa por parte de los países más ricos del norte, que ha hecho posible que éstos se apoderaran de una buena parte de los mercados y los activos (mobiliarios e inmobiliarios) de los países del sur.

En definitiva, la realidad cotidiana de la política europea es diferente de la retórica unitaria, y consiste en un entrecruzamiento de intereses nacionales. Es cierto que de la reiteración de estos tratos se espera, a muy largo plazo, un desdibujamiento de "lo que es tuyo, y lo que es mío", y la emergencia de una nueva comunidad. No digo que esto, eventualmente, no pudiera, tal vez, ocurrir. Pero lo cierto es que todavía no ha ocurrido (al cabo de cincuenta años) en la medida precisa como para dejar de ver el juego político europeo (todavía) primordialmente (no exclusivamente) como una serie de juegos entre agentes y redes de agentes de los diferentes países que, en muchos casos, a corto plazo, son juegos de suma cero. Es así como se juegan muchos, si no la mayoría, de los juegos del reparto de los puestos en la comisión, de las sedes, y de los dineros disponibles; y los intentos de proyectar sobre estos

juegos la perspectiva a largo plazo de un proyecto unitario más amplio tienen que contar con esta realidad básica e inmediata del corto plazo.

Por otro lado, ese proyecto unitario más amplio parece requerir de una estabilidad de liderazgo que para algunas naciones justifica su pretensión a un liderazgo o co-liderazgo de las restantes. Lo cierto es que ha habido y hay episodios recurrentes de iniciativa conjunta, entendimiento y co-liderazgo por parte de Francia y Alemania. Pero, naturalmente, estos países han tendido a cualificar su propósito de liderazgo colectivo con el de satisfacer sus propios intereses particulares. Tal vez por ello, los restantes países han aceptado ese co-liderazgo sólo a veces, sólo condicionalmente, sólo con reservas, tanto mejor cuanto el co-liderazgo ha sido más discreto (y por tanto menos liderazgo), y ocasionalmente con abundantes protestas y clara ambivalencia. Esta ambivalencia se ha puesto de manifiesto, por ejemplo, durante los dos últimos años, con ocasión de la política alemana de trasladar al resto de los países europeos las consecuencias de su propia irresponsabilidad fiscal (al no querer financiar con impuestos en la propia Alemania, por motivos electoralistas, las ayudas y las subvenciones a Alemania del Este, lo que trajo consigo tensiones inflacionistas que requirieron, a su vez, lógicamente, la subida de los tipos de interés por parte del Bundesbank).

De manera que en el corazón mismo de la política comunitaria nos encontramos, con frecuencia, con un tipo de conducta y de discursos implícita o explícitamente asociados a ella, que refuerza el sentimiento de la diferencia de interés y de identidad entre las naciones europeas.

4. Problemas de retórica, lenguaje y narrativa.

Así pues, tenemos un hermoso sueño de unidad europea, y una realidad cotidiana sustancialmente más prosaica, donde sin embargo ese sueño debería encontrar sus múltiples lugares donde echar raíces. Sin duda las está echando, a pesar de todo. Porque la frecuencia creciente de los tratos y la intensidad de los mismos en todos los campos de la vida empujan a encuentros estimulantes, a juegos de suma positiva, a citas para nuevos encuentros, a

oportunidades de mutuo entendimiento; y esto es lo que algunos esperan (o desean) que, en algún momento indefinido del futuro, acabe prevaleciendo. Pero el galope de las esperanzas requiere el contrapunto del paso a paso. Y, desde esta perspectiva, interesa sopesar las dificultades del desarrollo de esa esfera pública europea, también, en otro orden de cosas: en el de la retórica de la persuasión.

La dificultad más obvia a este respecto comienza por ser la de la lengua. En los Estados Unidos el inglés opera como el medio de comunicación de todos los miembros de la comunidad, a quienes impone un "espíritu de la lengua" que es más que las palabras o la sintaxis, que lleva consigo un repertorio de formas culturales y de modos de razonamiento y de expresiones emocionales, que facilitan que gentes de los orígenes más diversos compartan las experiencias más elementales y cotidianas como experiencias que les definen como miembros de la misma nación. En Europa, ni tenemos, ni tendremos, un medio lingüístico semejante. Quienes quieran vivir una "experiencia europea" tendrán que acabar aprendiendo al menos tres o cuatro idiomas, incluyendo el inglés, probablemente el alemán, quizá el francés, más su idioma o sus idiomas locales; y aprenderán, probablemente, la mayor parte de ellos a medias. Serán lenguas usadas pero no familiares.

El trasiego de lenguas a lo ancho de todos nuestros países, dada la estabilidad de la mayor parte de sus poblaciones propias, establecerá, probablemente, rutas cosmopolitas, donde cuajen comunidades híbridas que en ellas se expandirán moderadamente, así como en las grandes capitales y en las ciudades más dinámicas. Pero no es probable que se llegue, en un tiempo previsible, a una sociedad plural al modo americano, donde las poblaciones étnicas están desparramadas por la geografía, sin vinculación con un territorio con fronteras continuas donde predominan claramente y que se atreven a llamar "suyo".

Esto hace más complicado encontrar las narrativas, y los mitos implícitos en las mismas, sobre las que construir memorias compartidas. En los Estados Unidos, los americanos comparten la narrativa de la fundación de las antiguas colonias, la saga de la guerra de la independencia y de la constitución, y doscientos años de continuidad institucional (en lo fundamental) a partir de esos orígenes. En Europa, las naciones están obligadas a recitarse unas

a otras historias extrañas, que parecen espejos invertidos las unas de las otras. Lo que para una fue gloria, fue para otra decadencia; la expansión revolucionaria de una fue la invasión de otra; la iglesia amada aquí fue intensamente aborrecida allí; la ilustración puede ser vista como imitación o banalidad; el baile de los príncipes y de los territorios, como una danza de la muerte; la sucesión de héroes y de víctimas de unos es para otros una sucesión de personajes equívocos. Con el tiempo, las asperezas y los rencores se han amortiguado un tanto; pero difícilmente podrán hacerlo del todo, porque suelen estar ligados a mitos fundacionales o definitorios de identidad en casi todas las naciones europeas. De manera que tendremos que reconstruir nuestra relación con nuestras historias respectivas como una relación metafórica, buscando en paralelo la verdad ("objetiva") sobre nuestros orígenes, y la verdad ("subjetiva") de cuáles sean nuestros sentimientos hoy hacia unos orígenes que, en su mayor parte, la sensibilidad de las gentes de hoy (aparentemente tan razonables) apenas puede entender.

El trozo de nuestra historia que podemos entender mejor, y que en cierto modo nos puede unir más fácilmente, a pesar de todos sus horrores, es el de este siglo. Aun así, hay divergencias notables entre unas naciones y otras, especialmente entre la mayor parte de la Europa continental y las Islas Británicas; puesto que sólo el Reino Unido parece tener una secuencia histórica relativamente continua durante los últimos tres siglos, abocando a una sociedad civil que es, al tiempo, una democracia liberal y una economía de mercado; mientras que ninguna nación europea continental puede presentar una historia de la misma continuidad. Pero, al menos en este siglo, la mayor parte de las naciones de Europa occidental puede mostrar una trayectoria similar, habiendo pasado por el *via crucis* de una etapa totalitaria o autoritaria de carácter fascista o fascistizante y una guerra atroz, antes de haber accedido (*resucitado*), por caminos diversos, a una variante del tipo de democracia y mercado, habiendo permanecido en ese estado glorioso desde entonces. Por tanto, es esa combinación de pasión, resurrección y gloria o ascensión a los cielos, si se me permite esta metáfora religiosa, la que ha unificado, de algún modo, una serie bastante confusa y contradictoria de trayectorias históricas anteriores en el caso de la Europa occidental. En el caso de la Europa central y

oriental, cabría añadir la variante de un totalitarismo distinto prolongado cuarenta años más, con un final feliz.

El problema de esta historia reciente es que tiene en su interior un núcleo narrativo inquietante. Casi todas estas naciones europeas abocaron a sus experiencias totalitarias a partir de procesos que, en parte muy importante, fueron procesos endógenos; de modo que, sin una guerra exterior o una presión militar exterior, lideradas (de una forma u otra) por Estados Unidos, no es probable que hubieran salido de ellas: la Europa occidental por medio de la guerra, la Europa central y oriental como consecuencia de una estrategia de contención. Lo inquietante de ese núcleo narrativo es que, en el corazón de la experiencia gloriosa de la nueva unidad europea, reside un horror de sí mismo: dejados a sí mismos estos países cayeron en un furor (casi más allá de lo concebible en algún caso) que no fueron capaces de superar con sus propias fuerzas. Esta consideración es inseparable de cierto sentimiento (apenas confesable por lo demás, porque confesarlo iría en contra del sentimiento de la propia dignidad que parece preciso mantener en el concierto mundial) de humillación o de vergüenza, por parte de la mayor parte de estas naciones. Las narrativas compensatorias de la resistencia en Francia o en Italia, de la disidencia al franquismo o al salazarismo en España y Portugal, de la buena conducta posterior de Alemania o de Austria, por poner unos ejemplos, no acaban de ser suficientes, a la vista de las profundas heridas a la autoestima de todas esas naciones producidas por años o décadas de cooperación o colaboración con regímenes políticos que, retrospectivamente, han acabado por ser considerados como contrarios a los standards mínimos de la decencia o de la civilización. (Y a ello podría añadirse, al menos en algunos ambientes, otros sentimientos complementarios relativos a la experiencia colonial de estos países.) Un razonamiento análogo podría aplicarse a las naciones de la Europa central y oriental.

La experiencia totalitaria, en definitiva, fue una experiencia fratricida, de institucionalización de un estado permanente de "guerra civil": como opuesta a la convivencia propia de una sociedad civil. Se trataba de una guerra civil de naciones contra naciones, de clases contra clases, a veces de razas contra razas, que requería la exaltación de la violencia y la enregimentación de la sociedad, bajo el mando de partidos de hombres "de acero" o "de hierro"; y que abocó a una guerra mundial que fue vivida en Europa, lógicamente, y casi

literalmente, como una guerra civil (y de la que España y Grecia tuvieron sus peculiares versiones locales). La Europa que emergió de esa guerra mundial fue una Europa obsesionada por el recuerdo traumático de esa experiencia fratricida (como lo fue la España que emergió del franquismo). Tal vez, por ello, una parte del impulso de las naciones europeas a implicarse emocionalmente en el proceso de la unidad europea ha residido en un impulso de huída hacia adelante, hacia un futuro que rescatara (y enterrara) un pasado dudoso; y, en cambio, una parte de la reticencia emocional de los británicos a implicarse en ese proceso reside en que ellos no tuvieron esa experiencia. Pero obsérvese que esta circunstancia marca al tiempo el impulso y el límite del impulso de unidad. Porque un proceso que responde, en parte, a un impulso semejante es un proceso que responde, en la misma medida, a un sentimiento de desconfianza y huída de sí mismo.

5. Conclusiones.

He querido mostrar en este breve ensayo algunas de las dificultades que tenemos los europeos para desarrollar, como sería deseable (si aspiramos a la construcción de una sociedad civil europea), una esfera pública que fomente la aparición de una ciudadanía europea activa, implicada en una conversación sobre nuestros problemas comunes. Las razones son de tres tipos. En primer lugar, en una época de dificultades como la presente los centros de atención y de interés del público se orientan hacia los temas internos, tanto más cuanto las dificultades sean mayores y la naturaleza de los mismos sea tal que su solución se espere precisamente de los poderes nacionales. Esto ocurre, en este caso, con la crisis de credibilidad de los partidos (particularmente en varios países), la crisis económica, y la revisión a que está sometido el estado de bienestar. En segundo lugar, la política europea está envuelta en lo que cabe llamar una "contradicción performativa" bastante acusada, donde la conducta contradice la retórica, dado que la conducta cotidiana suele seguir la lógica de los nacionalismos autointeresados; como se muestra con lo que ocurre en lo concerniente a buena parte de las políticas públicas de la comunidad (empezando por la política agraria) y los juegos políticos (o la política como *politics*) de la comunidad, y el reparto de poderes, dineros e influencias en su interior. Esto

re-activa continuamente el nacionalismo autointeresado de los países miembros. En tercer lugar, tenemos dificultades importantes de carácter "retórico", para persuadirnos unos a otros de nuestra comunidad de sentimientos. La lengua, las narrativas históricas remotas y, finalmente, el núcleo de nuestra narrativa histórica más reciente nos plantean problemas importantes, a los que no encontramos, ni encontraremos, fácil respuesta.

Quizá este repertorio de dificultades suscite en el lector la sensación de que el autor le envía el mensaje subliminal de la no deseabilidad de una esfera pública europea, y por implicación de toda la construcción. No es ésa mi intención, sino la contraria. Sí creo que las dificultades son enormes, pero no creo que deban arredrarnos. En todo caso, y si se me permite recurrir a mi propia tradición local, sólo puedo añadir que compartiría con Cervantes cierta fascinación, al tiempo, por ver las cosas como son, por ver las empresas improbables y extraordinarias (las *hazañas*) con alguna simpatía, e incluso por sentir la inclinación bien de acometerlas, bien de no rehuirlas, cualquiera que sea el resultado. Una inclinación, por lo demás, quizá más quijotesca que cervantina, y posiblemente sensata sólo hasta cierto punto.

En todo caso, tenemos por delante tareas no por difíciles, imposibles. El desarrollo de la esfera pública es esencial para la creación de una unidad europea protagonizada por una ciudadanía activa, y no por una clase política y un *establishment* trans-europeo que lleve a remolque, y en condiciones de semi-manipulación, a una serie heterogénea de públicos nacionales que oscilen entre la dejadez y el desconcierto. En primer lugar, esta ciudadanía puede comprender que la variedad de las políticas internas para enfrentarse con ciertos problemas cruciales proporciona una oportunidad de aprender, mediante la comparación entre diversos experimentos de políticas públicas. En segundo lugar, esa ciudadanía puede desarrollar cierta conciencia crítica acerca de las "contradicciones performativas" de la política europea, entre las conductas efectivas y las apelaciones a los principios, y ponderar la medida en que quiera aceptar las implicaciones del nacionalismo autointeresado que tiende a dominar en la política real (por ejemplo, en forma de política comercial proteccionista). En tercer lugar, esa ciudadanía puede dedicar más atención a los problemas de la construcción de una comunidad de sentimientos, y a los de la reconsideración de nuestras narrativas históricas, remotas y recientes, que esto puede implicar.

Referencias bibliográficas

Habermas, Jürgen 1991. *Moral Consciousness and Communicative Action* (trad. por C. Lenhardt y S. W. Nicholsen). Cambridge, Mass.: The MIT Press.

Pérez-Díaz, Víctor M. 1993. *The Return of Civil Society*. Cambridge, Mass.; London, England: Harvard University Press (versión en español, *La primacía de la sociedad civil*. Madrid: Alianza, 1993).

ASP Research Papers

Número	Autor	Título
1/1994	Víctor Pérez-Díaz	<i>The possibility of civil society: its character, challenges and traditions</i> (también en John Hall ed., <i>Civil Society. Theory, History, and Comparison</i> , Cambridge, Polity Press, 1994)
2(a)/1994	Víctor Pérez-Díaz Juan Carlos Rodríguez	<i>Opciones inerciales: políticas y prácticas de recursos humanos en España (1959-1993)</i>
2(b)/1994	Víctor Pérez-Díaz Juan Carlos Rodríguez	<i>Inertial choices: Spanish human resources policies and practices (1959-1993)</i> (también en Richard Locke, Thomas Kochan, Michael Piore eds., <i>Employment Relations in a Changing World</i> , Cambridge, Mass., The MIT Press, 1994)
3(a)/1994	Víctor Pérez-Díaz Juan Carlos Rodríguez	<i>De opciones reticentes a compromisos creíbles. Política exterior y liberalización económica y política: España 1953-1986</i>
4(a)/1994	Víctor Pérez-Díaz	<i>El reto de la esfera pública europea</i> (también como "Le défi de l'espace publique européen", en <i>Transeuropéennes</i> , 3 (printemps), 1994)

De próxima aparición:

3(b)/1994 - *From reluctant choices to credible commitments. Foreign policy and economic and political liberalization: Spain 1953-1986*

4(b)/1994 - *Le défi de l'espace publique européen*

- *Sociedad civil fin-de-siglo, esfera pública y conversación cívica*

- *Políticas públicas de medio ambiente en España: el estado de la cuestión*

ASP Research Papers están orientados al análisis de los procesos de emergencia y consolidación de las sociedades civiles europeas y la evolución de sus políticas públicas.

En ellos, se concederá atención especial a España y a la construcción de la Unión Europea; y, dentro de las políticas públicas, a las de recursos humanos, sistema de bienestar, medio ambiente, y relaciones exteriores.

ASP Research Papers focus on the processes of the emergence and consolidation of European civil societies and the evolution of their public policies.

Special attention is paid to developments in Spain and in the European Union, and to public policies, particularly those on human resources, the welfare system, the environment, and foreign relations.

ASP, Gabinete de Estudios S.L.

Quintana, 24 - 5º dcha. 28008 Madrid (España)

Tel.: (34) 91 5414746 • Fax: (34) 91 5593045 • e-mail: asp@ctv.es